

2.3. Puntos de vista

GRAZIELLA ALMENDRAL

Es importante hacer ciencia, pero también lo es comunicarla.

La comunicación científica por televisión requiere un esfuerzo añadido al ya difícil acto de la divulgación científica.

Este esfuerzo demanda la participación de todos los actores que trabajan en el medio, periodistas, equipo técnico, y como no, de los propios científicos que entran a participar en un medio nuevo, complejo, cualquiera que sea el formato elegido, documental, reportaje y muy especialmente cuando se trata de la noticia científica en informativos.

El pasado día 6 de noviembre, todos, con matices, con la cautela propia del trabajo que quiere estar bien hecho, estuvimos de acuerdo. Los científicos se acercaron un poco más al trabajo del medio televisión, a la necesidad de una buena imagen y un mensaje sencillo, a la necesidad de hablar para el público sin miedo a la opinión de los compañeros. Y los periodistas tuvimos claro, una vez más, que la divulgación científica requiere de la participación de profesionales y del difícil reto al que nos enfrentamos ahora con la evolución y los cambios que están sufriendo los medios de comunicación, primando la incorporación de las nuevas tecnologías no siempre defendiendo paralelamente el buen trabajo periodístico ni al profesional. Evolución, por lo tanto que podríamos poner en entredicho.

El debate permitió poder hablar con sinceridad de todos estos temas, confrontar opiniones, avanzar en el entendimiento mutuo sabiendo, como sabíamos, que jugábamos una partida por todos de antemano ganada: en el fondo todos estábamos de acuerdo. Nos gusta a unos hacer ciencia, a los otros, comunicarla.

IGNACIO FERNÁNDEZ BAYO

El trabajo realizado por el equipo del Grupo de Estudios Avanzados de la Comunicación, dirigido por Pablo Francescutti, me parece de un gran interés, ya que viene a rellenar un vacío histórico sobre la información científica en los medios audiovisuales; un tema sobre el que hasta la fecha conjeturábamos con frecuencia los profesionales de la comunicación científica sin tener datos objetivos que sustentaran los análisis.

El trabajo está bien organizado y planteado y profundiza en algunos aspectos importantes, como es el uso de fuentes y el análisis cualitativo de contenidos de algunos ejemplos concretos.

Tiene a mi parecer algunas limitaciones, no tanto por el trabajo en sí como por su carácter singular y pionero y por las limitaciones de tiempo, personal y, es de suponer, de presupuesto.

En concreto, cabe señalar que los datos que aporta corresponden a una sola edición diaria del telediario de 4 cadenas (habría sido interesante incluir el de la segunda cadena de TVE, quizás el que más ha apostado históricamente por noticias más cercanas a los temas de ciencia y aledaños, como salud y medio ambiente) y durante el periodo del 1 de abril de 2007 a 31 de marzo de 2008.

Este periodo puede ser tan representativo como cualquier otro, pero me sugiere que los datos habrían cambiado radicalmente de haberse elegido igual periodo un año antes y un año después. En el primer caso, las matemáticas habrían obtenido una representación muy superior (por la celebración en Madrid del Congreso Mundial de Matemáticos, el evento de mayor impacto de los últimos años según TNS-Sofres audiencia de medios, la empresa que realizó la recogida de noticias) aunque evidentemente poco representativo de la realidad de las matemáticas en los medios de comunicación. De haberse realizado un año después se habría producido un sesgo semejante (aunque menos sorprendente y más fiable) por la puesta en marcha del acelerador LHC del CERN.

La conclusión no es que el periodo no sea representativo sino que se pone de manifiesto la necesidad de contar con estudios semejantes que se lleven a cabo de forma regular, para obtener secuencias más completas, que recojan picos y valles de información científica y ofrezcan un panorama más de fondo.

Otra limitación es la del análisis cualitativo, por la escasez de ejemplos. Evidentemente, se trata de un trabajo arduo, que lleva mucho tiempo de transcripción y de análisis, pero los ocho ejemplos que se han incluido me han parecido enormemente reveladores y me han “sabido a poco”. Me habría gustado poder leer muchos más, porque muestran de forma descarnada la realidad del contenido de las noticias científicas, contaminadas de superficialidad, falta de rigor, utilización de lo anecdótico y excesivo peso de la contextualización no ya científica sino de un cierto pretendido interés social.

Un estudio como este sugiere de inmediato dos aproximaciones que serían complementarias e interesantes para trazar un panorama global de la comunicación científica a través del medio televisivo. Una es un estudio sobre las personas que se dedican a realizar este tipo de información en las cadenas analizadas, saber qué otras áreas cubren, que grado de dedicación tienen, experiencia, problemas internos a los que se enfrentan etc. El otro vacío a llenar es conocer realmente qué demanda la sociedad, más allá de los datos obtenidos de encuestas declarativas (donde uno puede hacer afirmaciones gratuitas tratando de ofrecer una imagen de si mismo más acorde con lo que supone que se espera de él), como los precedentes de la bienal Encuesta de Percepción Pública de la Ciencia, que viene realizando la Fundación Española para la Ciencia y la Tecnología (Fecyt) desde 2002, o el Eurobarómetro citado en la introducción del trabajo del profesor Francescutti. La comparación de datos entre ambas ofrece una discrepancia de raíz sobre la cuestión, ya que el Eurobarómetro indica que el 78 por 100

de la población se encuentra interesada en este tipo de información, la encuesta de la fecyt reduce la cifra al 9,6% (excluyendo la información de salud, que interesa a un 28%, y la de medio ambiente, que llega al 15,7%). Sería interesante completar esos datos y deshacer la contradicción con estudios cualitativos, mediante entrevistas en profundidad y/o reuniones de grupo, para conocer en detalle el grado de demanda, el grado de satisfacción / insatisfacción de la misma, los medios más utilizados para satisfacerla, etc.

De la reunión en sí cabe destacar el acuerdo de fondo existente entre los cuatro representantes del mundo de la información y los cuatro del mundo de la ciencia sobre cuestiones básicas, como la necesidad de incrementar el volumen de información científica en televisión o el lamento común por los condicionantes que afectan a esta información, que podrían condensarse en el hecho de que la duración media de las noticias apenas supere el minuto y diez segundos, la necesidad de contar con buenas imágenes, la de condensar en una frase necesariamente breve el cúmulo de información y matices que suele contener una información de este tipo, o la inútil lucha contra la creciente tendencia al espectáculo banal en todo tipo de contenidos televisivos.

A destacar entre los temas tratados los que afectan a los propios científicos, como la necesidad de que sean ellos quienes se amolden a las exigencias de la televisión, de que deben tomar conciencia de la necesidad de estar presentes en los medios para conseguir sus propios fines (el ejemplo de Juan Luis Arsuaga y Atapuerca centró buena parte de la discusión), la de abogar por cambiar la apreciación negativa que la comunidad científica tiene por los científicos más mediáticos y los que dedican parte de su tiempo a la divulgación, la necesidad de diferenciar entre los periodistas especializados y los generalistas...

Por otro lado, en cuanto a los periodistas, se denunció la situación laboral en la que se encuentran, con menos medios y menos profesionales

especializados (en contraste con la prensa diaria impresa de ámbito nacional e incluso regional), abundancia de becarios, escasez de tiempo para preparar las noticias y poco interés por estos temas. Se denuncia la escasez de profesionales del periodismo científico y se señalan limitaciones en su formación importantes, como la frecuente ignorancia del idioma inglés, básico en la ciencia, y la ausencia de contraste de las noticias. Se denuncia también el creciente peso de la información convocada, e incluso del uso directo del reportaje enviado por las fuentes o los gabinetes de comunicación. En general, el uso de fuentes es muy deficiente, recurriendo a voces indirectas, con escasa presencia de los autores de las investigaciones (cuando son extranjeros especialmente) y utilizando la figura del opinante de la calle, que en estos temas solo añade confusión.

Además, hubo cierto consenso en la necesidad de otro tipo de medidas, como exigir a los canales públicos una cierta dedicación a estos temas (como parte de la función social que se les atribuye y que justifica su propia existencia como medios financiados por las arcas públicas), de fomentar las ayudas de instituciones como la Fecyt, entre cuyos cometidos se encuentra la difusión de la ciencia.

Yo me atrevería a señalar la necesidad de formar a los periodistas que deseen profundizar en este tipo de información mediante la realización de cursos prácticos y másters de periodismo científico, en los que cabría integrar como alumnos a científicos que quieran conocer los problemas prácticos del ejercicio de la profesión periodística y mejorar así su capacidad comunicadora.

JOSÉ ELGUERO

Mi impresión global es excelente: cortesía, alto nivel profesional, intención clara de acercar posiciones, divertida, alegre y muy bien dirigida por Pablo Francescutti, que ha dejado hablar haciendo un uso muy moderado de la palabra. Para los de “este lado de la trinchera” la descripción de las tareas y dificultades de los periodistas ha sido muy enriquecedora: seguro que nos facilitará futuras relaciones.

Me gustaría que la Fundación nos ayudase en mantener esas relaciones. Que los periodistas sepan que si sabemos estamos a su disposición para cualquier duda (les recuerdo la opinión de Kurt Wüthrich: *One trapping of being a Nobel laureate that Wüthrich has not embraced is the urge to speak out about matters that he is not necessarily expert in, as revealed by his views on a panel event during this year's Lindau meeting at which seven laureates debated the role of chemistry in renewable energies. 'I just say "no",'* he says, *pointing out that only two of the panel members had expertise in the issue and suggesting that the panel otherwise amounted to a few 'strong egos'*).

Recíprocamente esperamos que ellos nos ayuden a difundir nuestros trabajos fuera de nuestro entorno profesional. Somos aliados.

JOSÉ MARÍA MONTERO

La alianza, o la simple *complicidad*, entre científicos y periodistas es, en nuestro país, una de esas rarezas que hipotecan la divulgación científica a gran escala. La queja hace tiempo que se viene expresando en diferentes foros, como advertían Emilio Muñoz y Marta Plaza, especialistas de la Unidad de Políticas Comparadas del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, al considerar que “la eficiencia de los medios de comunicación, como vehículo de la información científico-técnica, es muy reducida”. Así las cosas, sugerían Muñoz y Plaza, se impone “una mejora en la calidad y cantidad de la información, tarea que requiere fomentar la interacción y cooperación entre diferentes actores, con distintas capacidades y objetivos: en nuestro caso, medios de comunicación, instituciones de investigación, periodistas y científicos”.

Lo paradójico de este desencuentro, que se manifiesta con particular intensidad en el caso de la televisión, es que en ambos colectivos, científicos y periodistas, se manifiestan necesidades cuya satisfacción podría resolverse, en gran medida, con el establecimiento de esa, hasta ahora, rara alianza.

Los científicos necesitan divulgar sus interrogantes, sus retos, la utilidad social de su trabajo, sus problemas, las respuestas que han sido capaces de iluminar,... Necesitan socializar las incertidumbres que habitan en la investigación, para que ésta pueda ser entendida en sus justos términos. Precisan, como no había ocurrido hasta ahora, de un respaldo social que, a la postre, se traduzca en un decidido respaldo político, que es del que nacen los recursos, materiales o financieros, que requieren. En definitiva, necesitan escapar de los círculos endogámicos en los que, con demasiada frecuencia, viven y/o se refugian, y salir así a la calle y explicar, y explicarse, ante los ciudadanos.

Los periodistas, por nuestra parte, estamos necesitados de noticias, de novedades, de descubrimientos, de aventuras, de esfuerzos titánicos, de misterio,... ¿Y no son éstos los materiales con los que a menudo, por no decir siempre, se teje la actividad científica? En una sociedad cada vez más tecnificada, cada vez más vinculada al hecho científico y sus consecuencias en la vida cotidiana, necesitamos contar esa nueva, y poderosa, dimensión de nuestra realidad. Y contarla, eso sí, de manera atractiva, de forma que pueda ser comprendida por aquellos para los que la Ciencia es un territorio oscuro, complejo e intraducible, sin traicionar, al mismo tiempo, el rigor con el que se construyen los materiales de la Ciencia.

Si estamos condenados a entendernos, ¿por qué no nos entendemos?

El debate que nos propuso la Fundación Dr. Antonio Esteve, a partir de las investigaciones del profesor Pablo Francescutti, es una utilísima herramienta para acercar posiciones, para entender al contrario, para saber de sus miedos y dificultades y buscar así la manera de salvarlas. Es una propuesta, muy valiosa, en ese esfuerzo por construir una alianza honesta entre científicos y periodistas. Un espacio de debate que debería, por tanto, tener una continuidad en el tiempo y no quedar reducido a una iniciativa coyuntural.

IGNASI RIBAS

El estudio que sirve como eje vertebrador del debate sobre la presencia de la ciencia en los medios de comunicación presenta una realidad preocupante y algo desoladora. Quizá no deja de reflejar a una sociedad que, a pesar de haber madurado con rapidez en el aspecto social y tecnológico, todavía vive de espaldas al progreso científico. Aquellos que hemos invertido en la divulgación, en mi caso en el ámbito de la astronomía, nos enfrentamos a una curiosa dicotomía en la que a menudo nuestros esfuerzos son recibidos con gran entusiasmo pero a la vez sin conseguir llegar de forma frecuente a los medios de comunicación masivos. ¿Tal vez no sabemos construir un discurso que sea comprensible, atractivo y cautive a la audiencia? ¿O tal vez se duda de la capacidad del público de comprender el mensaje? Me atrevería a decir que parte del problema está en los propios medios de comunicación, con sus baremos basados exclusivamente en unos parámetros que se retroalimentan. Es obvio que la audiencia pide lo que conoce. Espero que aquellos que deciden sobre los contenidos en los periódicos o son responsables de la programación en radios y televi-

siones tomen algún riesgo y se atrevan a incluir la ciencia entre sus temas. Quizá tengan alguna sorpresa. Pero los científicos también debemos ser autocríticos y mejorar en nuestra tarea de transmitir los conocimientos que generamos. Vivimos en un país en el que el desarrollo de la actividad científica viene a menudo acompañado de múltiples penurias, donde los escasos recursos se destinan a aquello sobre lo que se nos acaba valorando y que generalmente no incluye la divulgación. A pesar de todo, ello no debería desviarnos del compromiso moral que contraemos los científicos de explicar lo que hacemos. No es una opción, es (o debería ser) una obligación, y quizá debemos empezar por dirigirnos a aquellos que manejan los medios de comunicación. ¿A caso no sería lógico, por ejemplo, que la sección fija del horóscopo en periódicos y revistas se sustituyera por una en que se aborden temas científicos? De acuerdo, se trata de una utopía, pero no por ello debemos cesar en nuestra labor educativa. Tener una sociedad entendida y madura en el ámbito científico es un requisito indispensable para el progreso de un país. Esto lo han descubierto ya en otros lugares y esperemos que entre todos pongamos los esfuerzos para que también sea una realidad aquí.